



La Persona de Jesús

Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo

25
JAIME
SEVILLA
Peregrino de Esperanza

Por Rev. Jaime Sevilla, PhD

La Persona de Jesús.

Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo

La unión de las dos naturalezas, humana y divina, en el vientre de la Virgen María durante la Encarnación, es lo que da origen a la Persona de Jesucristo.

Cuando contemplamos la grandeza del amor de Dios, y somos testigos de cómo ese Dios vacía su divinidad, libremente y por amor, en nuestra humanidad, durante la Encarnación; nos encontramos ante la expresión máxima de su divinidad en la Historia, ya que Dios entra a formar parte de nuestro tiempo y espacio, uniéndose a nuestra naturaleza humana: podemos decir, con toda propiedad, que ha surgido en el vientre de la Virgen, el Dios humano.

Esa Palabra que se encuentra en el Principio, ha descendido y ha vaciado su naturaleza Divina en nuestra humanidad. Juan nos la describe hermosamente en el prólogo de su Evangelio: *"En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba ante Dios en el principio. Por Ella se hizo todo, y nada llegó a ser sin Ella. Lo que fue hecho tenía vida en ella, y para los hombres la vida era luz." "Y la Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre el Hijo único, en él todo era don amoroso y verdad."* (Jn 1,1-4.14).

Es una gracia especial, para nosotros, el poder contemplar como Jesús, en su naturaleza humana, fue desarrollando poco a poco el conocimiento de sí mismo y la misión para la que el Padre lo había enviado. En la medida en que *Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia; delante de Dios y de los hombres (cfr: Lc 2:52)*, iba también desarrollando la plenitud de su auto conocimiento.

Entre más crecía en su experiencia de vida, era más consciente de su misión; por tanto, mayor era la comunicación con su Padre. Recordemos que en la unión hipostática de la Encarnación, la naturaleza humana recibe la gracia de ir desarrollando, poco a poco, la plenitud de su auto conocimiento, el cual siempre va encaminado a cumplir la voluntad del Padre; entre más crecemos en el conocimiento de su plan amoroso, más nos unimos a Dios. San Ireneo, Obispo de Lyon desde el año 189, dC, nos dice: *"¡La gloria de Dios es que el ser humano viva en plenitud!"*. A esta frase yo le agregaría: *la plenitud del ser humano consiste en el desarrollo del auto conocimiento de sí mismo, y en el fiel cumplimiento de la voluntad del Padre.*

En la Persona de Jesucristo, se encuentran plenamente realizadas e integradas sus dos naturalezas. La doctrina del magisterio de la Iglesia siempre lo ha expresado así desde la promulgación del dogma de Calcedonia; en el dogma, la Iglesia expresa claramente que Jesucristo es verdaderamente humano y verdaderamente divino.

Durante los primeros siglos del cristianismo, surgieron algunas herejías que negaban la naturaleza humana de Jesús, afirmaban que lo que surgió en la Encarnación, en la Pasión y Muerte de Jesús, fue algo aparente; pero el Concilio calcedoniense se encargó de disipar cualquier tipo de duda.

El Emmanuel, al hacerse uno como nosotros, abre un nuevo comienzo para nuestra naturaleza humana; ya que, al unir su divinidad con nuestra humanidad, en la persona de Jesús, nos eleva a una dignidad que ninguna criatura jamás imaginó. Al mismo tiempo, debemos destacar que la naturaleza humana de Jesús está perfectamente unida a su naturaleza divina. Por eso afirmo que *la naturaleza divina, en la persona de Jesús, es la que permite que su naturaleza humana alcance, en la experiencia de su vida, la plenitud de su auto conocimiento; de esta forma, la divinidad en Jesucristo es mayormente glorificada, en la medida que el conocimiento de sí mismo, como ser humano, vaya alcanzando su plenitud.*

El desarrollo del auto conocimiento de sí mismo, trae consigo también el desarrollo profundo del auto conocimiento de su naturaleza humana; lo cual incluye también todas nuestras debilidades. Esto constituye un punto clave, ya que, para poder redimirnos del pecado, Jesús necesitaba conocer a profundidad su propia

naturaleza humana; y esto solamente pudo haberlo alcanzado, a través del desarrollo de las diferentes etapas de su vida en esta tierra.

Gracias a este desarrollo experimental de su vida, dentro de nuestra historia, pudo llegar a conocer y cumplir perfectamente la voluntad de su Padre. Recordemos que entre más Jesús profundizaba en el conocimiento de su naturaleza humana, mediante la experiencia de su vida, mayor era la gloria de su divinidad.

Elizabeth Johnson, en su libro *Cristología hoy*, nos dice: *“En el momento de la encarnación, Dios, que es amor se auto expresa eternamente dentro del ser divino como Palabra eterna, se auto expresa exteriormente en la historia de esta tierra. La propia Palabra interior de Dios se pronuncia por medio de la carne humana, dando la existencia a Jesús. Dios, que se auto expresa siempre dentro de la naturaleza divina, se auto expresa ahora fuera de la naturaleza divina, en el tiempo, en la naturaleza humana, en otro medio (podríamos decir), y quien nace a la existencia es Jesús de Nazaret, la Palabra hecha carne”.*

Podemos concluir en este artículo que Dios, en la Encarnación, Jesús no solamente entra a formar parte de nuestra historia, tiempo y espacio; sino que también se hace uno con la parte material de nuestra naturaleza humana; materia que ya ha sido glorificada eternamente en la Resurrección. Todo esto fluye en la Persona de Jesús, verdadero Dios y verdadero Humano. Karl Rahner nos dice: *“La proximidad a Dios y la auténtica autonomía humana crecen en proporción directa, no inversa”.*

El Catecismo de la Iglesia Católica, resalta la conclusión del Concilio Ecuménico de Constantinopla, en el año 553, nos dice: ... *“No hay más que una sola hipóstasis (o persona), que es nuestro Señor Jesucristo, uno de la Trinidad”.* Por tanto, toda la humanidad de Jesucristo debe ser atribuida a su persona divina como a su propio sujeto, no solamente los milagros, sino también los sufrimientos y la misma muerte: *“el que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdadero Dios, Señor de la gloria y uno de la Santísima Trinidad” (CIC #468).* Por eso decimos, con vehemencia que, en el Viernes Santo, no solo murió Jesús como ser humano; sino que también murió Dios; pero como todo ser humano ser humano, no dejó de EXISTIR, en su capacidad espiritual, (CONCILIO DE TRENTO, 2324. DIVINITATIS IESU); ya que como Persona, forma también parte de nuestra materia, tiempo y espacio; forma parte de nuestra Historia.

Por Rev. Jaime Sevilla, PhD